

de Francia, durante la vida de Carlos VI, y así que muriese, obtendría la corona en toda propiedad. En compensación el monarca británico aceptaba la mano de Catarina, y se comprometía á mantener en el goce pleno y entero de su libertad á los Parlamentos, á los Pares, á la nobleza y á los ayuntamientos de las ciudades.

Después de esto, se celebró el matrimonio con la mayor pompa y solemnidad, y Henrique, en unión de su esposa y á la cabeza de veinte mil hombres, marchó á continuar la campaña y las hostilidades contra las poblaciones que permanecían obstinadas y rebeldes.

Concluidas estas operaciones en muy pocos meses, Henrique y Catarina marcharon á Inglaterra, donde fueron recibidos con un entusiasmo que rayaba en delirio y frenesí.

El pueblo inglés respetaba y quería á Henrique; pero idolatraba sobre todo á la reina, á quien generalmente llamaban en la Gran Bretaña, *Catarina la Bella*.

el mágico espectáculo de la pompa y de los plie-

La primera vez que Henrique volvió á Londres lo hizo montado en un arrogante caballo y cubier-

La segunda volvió como representante de Francia, al lado de Catarina la Bella, y rodeado de

La tercera vez el espectáculo era distinto. Qui-

LOS TRES HENRIQUES.

(CONCLUSION.)

El tiempo y la muerte son los dos enemigos irreconciliables de las glorias y de las grandezas humanas.

Todas las esperanzas del rey afortunado y conquistador, se desvanecieron repentinamente, y todos sus proyectos de engrandecimiento se hundieron como él en la eternidad y en el polvo del olvido. Siempre sucede así en la tierra. El momento en que los reyes piensan en las ilusiones doradas de la grandeza, del poder y de las riquezas, es tal vez el mismo en que el dedo frío y emponzoñado de la muerte convierte en luto y en lágrimas todo

el mágico espectáculo de la pompa y de los placeres de la vida.

La primera vez que Henrique volvió á Londres, lo hizo montado en un arrogante caballo y cubierto con la armadura que le habia servido en la batalla de Azincourt.

La segunda volvió á su país como regente de Francia, al lado de *Catarina la Bella*, y rodeado de lo mas hermoso y elegante que entónces tenia la nobleza británica.

La tercera vez, el espectáculo era distinto. Quinientos caballeros montados en corceles negros, con armas á la funerala y armaduras y plumages de luto, precedian al rey.

A poca distancia de los caballeros, caminaba á paso lento un carro fúnebre. Dentro del carro estaba tendido un personage con los ojos cerrados, con los lábios entreabiertos y con las sombras de la muerte pintadas en su frente y en sus mejillas. En su mano derecha tenia mal empuñado y sostenido un cetro real; en la izquierda, un globo con una cruz; en la cabeza, una corona de oro con las armas de Francia y de Inglaterra.

Era Henrique V, que á su vez dormia como su padre, ese sueño eterno que habia arrancado el círculo de oro de la frente de los reyes de Inglaterra. (*)

(*) Henrique V padeció mucho tiempo de una fistula. Cuando la enfermedad se desarrolló con mas fuerza, los

Detras del carro fúnebre venia *Catarina la Bella*, pálida, triste y rodeada de damas vestidas de luto y que derramaban lágrimas, arrancadas quizá por un amor respetuoso, secreto é imposible.

Cuando esta solemne procesion llegaba á las ciudades en vez de los gritos de júbilo y de alegría de un pueblo entusiasmado, se escuchaban los acentos fúnebres y religiosos de los obispos, de los abates y de los monges, que precedidos de la cruz, salian de sus abadías góticas á encontrar el cadáver de su señor temporal. Así llegó el rey desde Vincennes hasta Londres, donde se celebraron primeramente unas magnificas esequias en la catedral de San Pablo, repitiéndose despues en Westminster, donde finalmente encontró el monarca que no cabia en dos reinos, un estrecho sepulcro á poca distancia de Eduardo el Confesor.

La hermosura y el amor nada pudieron para salvar á la Francia. La muerte, hiriendo en la flor de su edad y en medio de su carrera, al soberano inglés, hizo algo en favor de un pueblo desgraciado.

Catarina, la reina de dos reinos y la soberana de la hermosura, se confundió en la oscuridad y en el silencio. Los médicos no le encontraron remedio y declararon al monarca que su fin estaba próximo. Henrique murió cristianamente en el castillo de Vincennes el 30 de Agosto de 1422, á los treinta y cuatro años de edad.

olvido durante muchos años, hasta que volvió á aparecer como la fundadora de la casa de Tudor, que produjo al tigre coronado de la Gran Bretaña y á la grande y memorable reina Isabel.

Henrique V y Catarina la Bella tuvieron un hijo que nació en Windsor y fué bautizado con el nombre de Henrique, y es el tercero de los soberanos que dió á Inglaterra la casa de Lancaster.

Cuando murió Henrique V, su hijo quedó de edad de nueve meses y entonces los duques de Bedford y de Gloucester quedaron á la cabeza del gobierno, el primero como Regente de Francia y el segundo como protector del reino de Inglaterra durante la minoridad del heredero.

Los duques de Bedford y de Gloucester, lo mismo que Henrique V, eran valientes en el campo de batalla, prudentes y sábios en el gobierno, y discretos y entendidos en las negociaciones políticas; así el uno prosiguió con actividad la guerra en Francia mientras el otro, aliado y amigo de los nobles mas poderosos é influentes, conservó en paz la Inglaterra.

A los dos meses de haber muerto Henrique en Vincennes, murió tambien Carlos VI y su hijo fué proclamado bajo el nombre de Carlos VII rey de Francia y coronado en Poitiers.

La escena habia cambiado mucho; pero el drama

sangriento continuaba siempre entre el duque de Bedford y el nuevo soberano de Francia.

Los ingleses, acostumbrados á pelear y á vencer, abundantes de recursos y de soldados, obtenian siempre la victoria en todas las campañas y en todos los asaltos. Los franceses, debilitados con una larga guerra civil, con un tesoro ecshausto y con una milicia valiente en lo general, pero insubordinada y afecta al pillage y al desórden, tenian siempre que retirarse ó mantenerse á la defensiva, sin esperanza ni aun remota, de vencer á los enemigos extranjeros ni de espulsarlos definitivamente del territorio. A todo esto es menester añadir la profunda enemistad que ecsistia entre Isabel de Baviera y su hijo, de manera que habia siempre, lo mismo que en vida de Henrique V, dos partidos, el uno verdaderamente nacional cuya tendencia y cuyo objeto no era mas que hacer una guerra sin tregua á los ingleses y restablecer la autoridad y gobierno de la dinastía francesa; y el otro, que propiamente se podia llamar extranjero, engendrado por los amores y las intrigas de Isabel de Baviera y compuesto de aventureros, de aliados estraños y de los partidarios de segundo órden de los grandes señores que aun sostenian las detestables maquinaciones de la reina.

Como á todas estas circunstancias se reunia la prudencia, la sabiduría y el valor del duque de Bedford, fué tan feliz los primeros años en sus campa-